

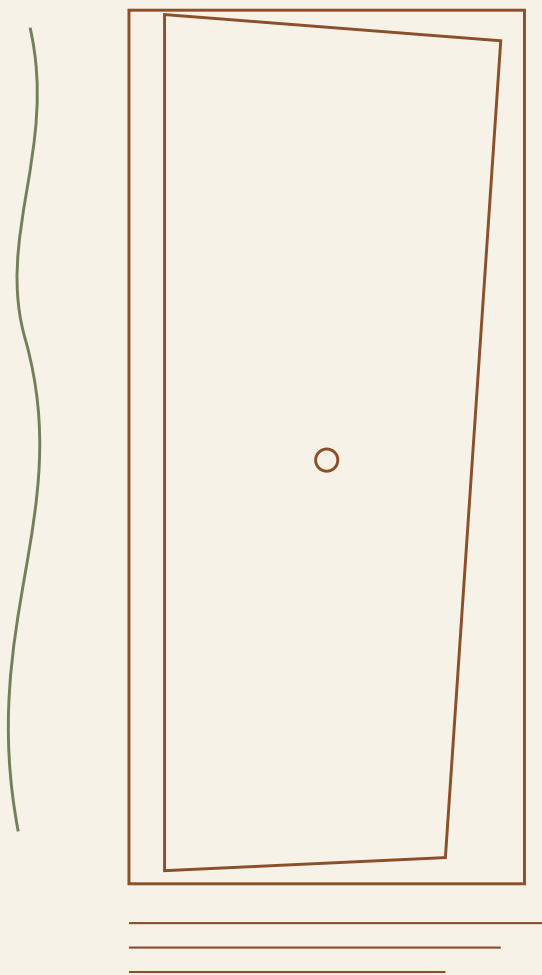


ESTUDIO BÍBLICO

DEL CAMINO A LA CASA



SIGUIENDO A JESÚS MÁS
ALLÁ DEL MILAGRO



00

INTRODUCCIÓN

La Adoración Pública Es Solo el Comienzo

La vida cristiana muchas veces se mide por momentos visibles. Celebramos los cultos de adoración llenos de poder, los llamados al altar cargados de emoción, las sanidades milagrosas y los testimonios impactantes, porque estos momentos nos recuerdan que Dios sigue obrando activamente entre su pueblo. Sin embargo, a lo largo de las Escrituras, el Señor demuestra una y otra vez que, aunque ciertamente obra en lugares públicos, su obra más profunda suele comenzar después de que la multitud se ha dispersado. El milagro puede captar la atención de todos, pero la transformación ocurre donde pocos están mirando.

Esta verdad se ilustra hermosamente en el relato de los dos ciegos que encontramos en Mateo 9. Su historia comienza en un camino concurrido, donde claman desesperadamente por misericordia, pero Jesús deliberadamente posterga su sanidad hasta que entran en la casa donde él se hospedaba. A primera vista este detalle parece insignificante, pero revela uno de los principios más profundos del discipulado que se encuentran en los Evangelios. Jesús no estaba interesado únicamente en devolverles la vista física. Los estaba invitando a una relación más profunda, que iba más allá de la demostración pública y entraba en la transformación privada.

Muchos creyentes hoy desean sinceramente la intervención de Dios. Oramos por sanidad, restauración, provisión económica, paz emocional y dirección. No hay nada de malo en presentar estas necesidades delante del Señor. De hecho, las Escrituras nos animan una y otra vez a acercarnos a él con confianza, porque cuida de sus hijos. Sin embargo, hay una pregunta importante que todo discípulo debe responder tarde o temprano: ¿qué sucede después del milagro? Recibir la bendición de Dios nunca fue diseñado para ser el destino final de nuestra fe. Más bien, cada milagro es una invitación a conocer a Cristo más profundamente y a entregarnos por completo a su señorío.

Esta distinción separa la admiración del discipulado. Las multitudes muchas veces seguían a Jesús porque deseaban pan, sanidad o liberación, pero los verdaderos discípulos seguían siguiéndolo cuando sus enseñanzas se volvían difíciles, cuando sus respuestas se demoraban, e incluso cuando su silencio ponía a prueba su fe. El cristianismo genuino nunca se ha definido simplemente por recibir algo de Dios; siempre se ha definido por continuar siguiéndolo sin importar las circunstancias.

El camino de estos dos ciegos deja al descubierto esta realidad. Antes de experimentar la vista restaurada, primero aprendieron a caminar sin ver. Antes de que Jesús tocara sus ojos, aprendieron a confiar en su voz. Antes de recibir la respuesta que tanto anhelaban, demostraron una fe que se negaba a dejar de perseguirlo, aun cuando el cielo parecía guardar silencio. Su mayor milagro no fue simplemente que al final pudieron ver. Su mayor milagro fue que siguieron a Jesús mientras todavía estaban ciegos.

A medida que se desarrolle este estudio, descubriremos que el camino representa mucho más que un lugar físico. Representa la expresión pública de la fe, donde la adoración es visible, se escuchan los testimonios y otros son testigos de nuestra búsqueda de Dios. La casa, sin embargo, representa algo mucho más profundo. A lo largo de las Escrituras, la casa se convierte constantemente en el lugar de la intimidad, la transformación personal, las

conversaciones sinceras, la restauración familiar y la relación de pacto. Jesús trasladó intencionalmente el milagro del camino a la casa porque quería que estos hombres —y todo futuro creyente— entendieran que la fe debe volverse personal antes de poder ser transformadora.

Este estudio también nos retará a examinar áreas que muchas veces permanecen ocultas debajo de una espiritualidad externa. Exploraremos por qué Dios a veces retrasa las respuestas, cómo la fe madura sobrevive el silencio divino, por qué la obediencia debe continuar después del gran avance, y por qué una de las mayores evidencias de madurez espiritual no es simplemente experimentar el poder de Dios, sino permitirle gobernar nuestras palabras, nuestros hogares y nuestra conducta diaria. Al hacerlo, descubriremos que Jesús no solo nos llama a experimentar milagros. Nos llama a convertirnos en discípulos cuya vida entera refleje su presencia.

En última instancia, esta no es solamente la historia de dos ciegos en la Galilea del primer siglo. Es la historia de todo creyente que alguna vez ha clamado por misericordia, ha luchado en temporadas de incertidumbre, ha batallado con oraciones sin responder y se ha preguntado por qué Dios demoró su respuesta. Es también la historia de todo discípulo a quien Jesús invita amorosamente más allá de la adoración pública y hacia los lugares privados donde comienza la verdadera transformación. El camino puede presentarnos a Cristo, pero la casa es donde él nos cambia para siempre.

01

SECCIÓN

Una Fe Que Sigue Antes de Ver

“Y pasando Jesús de allí, le siguieron dos ciegos, dando voces y diciendo: ¡Ten misericordia de nosotros, Hijo de David! Y llegado a la casa, vinieron a él los ciegos; y Jesús les dijo: ¿Creéis que puedo hacer esto? Ellos dijeron: Sí, Señor. Entonces les tocó los ojos, diciendo: Conforme a vuestra fe os sea hecho.”

MATEO 9:27-29 (RVR1960)

Los primeros versículos de este relato presentan de inmediato lo que parece ser una contradicción. Mateo nos dice que los dos ciegos seguían a Jesús, y sin embargo eran ciegos. La afirmación casi obliga al lector a detenerse y hacer una pregunta práctica: ¿cómo pueden unos ciegos seguir a alguien a quien no pueden ver? La respuesta revela uno de los retratos más profundos de la fe bíblica que se encuentran en los Evangelios.

Estos hombres no caminaban porque tuvieran vista. Caminaban porque tenían convicción. Su incapacidad para ver no les impidió creer que Jesús valía la pena seguir. Mientras todos los demás dependían de la vista física, estos dos hombres dependían de algo mucho más grande. Confiaban en lo que sabían de Cristo más de lo que podían experimentar en ese momento. Sus pies se movían mucho antes de que sus ojos fueran sanados.

Este principio nunca ha cambiado. La fe bíblica jamás ha requerido una comprensión completa antes de la obediencia. De hecho, Dios frecuentemente pide a su pueblo que se mueva antes de explicarle dónde terminará el camino. Abraham salió de Ur sin saber su destino. Moisés extendió su vara antes de que el mar se dividiera. Josué marchó alrededor de Jericó antes de que cayera una sola piedra. Pedro salió de la barca antes de que el agua se volviera firme bajo sus pies. En cada generación, la fe siempre se ha movido antes de ver.

Esto trastorna por completo la manera en que a nuestra mente natural le gusta operar. El razonamiento humano dice: “Muéstrame primero, y entonces creeré”. El reino de Dios dice: “Cree primero, y entonces verás”. El milagro no produce la fe con tanta frecuencia como la fe nos coloca en posición de recibir el milagro. Los dos ciegos demuestran que la fe genuina no nace de la evidencia visible; se revela por una búsqueda inquebrantable antes de que aparezca cualquier evidencia.

Note con cuidado que Jesús nunca se detuvo en el camino. Escuchó cada clamor. Conocía cada súplica desesperada. Y sin embargo, siguió caminando. Si leemos el relato solo superficialmente, podríamos concluir que Jesús los estaba ignorando. En realidad, estaba exponiendo la profundidad de su fe. Su perseverancia se convirtió en la evidencia de que su confianza descansaba en la identidad de Jesús y no en su respuesta inmediata.

Hay temporadas en la vida de todo creyente en las que pareciera que el cielo permanece en silencio. Oramos, pero la respuesta parece tardar. Adoramos, y sin embargo nuestras circunstancias siguen igual. Buscamos la dirección de Dios, pero no llega ninguna claridad inmediata. Durante esos momentos, la mayor tentación es interpretar el

silencio de Dios como su ausencia. Las Escrituras nos advierten repetidamente en contra de ese error. El silencio no es abandono. La demora no es rechazo. El Dios que parece guardar silencio muchas veces está realizando su obra más profunda dentro de nosotros mientras seguimos caminando por fe.

Los ciegos fácilmente pudieron haber concluido que a Jesús no le interesaba ayudarlos. Pudieron haber razonado: “Si de verdad le importáramos, se habría detenido de inmediato”. En cambio, llegaron a una conclusión diferente. Siguieron caminando porque creían más en su carácter que en sus propias circunstancias. Esta distinción marca la diferencia entre la fe inmadura y la fe madura. La fe inmadura permanece fiel solo mientras las respuestas son inmediatas. La fe madura permanece fiel porque ha aprendido que el carácter de Dios es digno de confianza, aun cuando su tiempo sea difícil de entender.

A lo largo de las Escrituras, Dios valora constantemente la perseverancia, porque la perseverancia revela la autenticidad de la fe. Cualquiera puede celebrar la bondad de Dios después de que el milagro ha llegado. La verdadera medida de la fe, sin embargo, se descubre mientras la respuesta todavía está en el horizonte. Es fácil alabar cuando la sanidad ya ha llegado. Es mucho más difícil seguir adorando mientras el dolor permanece. Es fácil testificar después del gran avance. Se necesita madurez espiritual para seguir creyendo mientras el avance todavía no se ve.

Esto explica por qué el escritor de Hebreos define la fe de la manera en que lo hace.

“Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve.”

HEBREOS 11:1 (RVR1960)

La fe se convierte en evidencia antes de que exista una evidencia visible. Es la certeza interior de que Dios permanece fiel aun cuando nuestros sentidos naturales no pueden verificar su actividad. La fe no niega la realidad; más bien, reconoce que la realidad de Dios es mayor que nuestras circunstancias presentes.

El apóstol Pablo refuerza este mismo principio cuando escribe:

“(porque por fe andamos, no por vista;)”

2 CORINTIOS 5:7 (RVR1960)

Este versículo se cita con frecuencia, pero rara vez se aprecia en toda su profundidad. Caminar por fe es relativamente fácil cuando podemos ver claramente la mano de Dios obrando. El verdadero reto comienza cuando el camino se vuelve incierto. Caminar por fe significa seguir obedeciendo aun cuando nuestras emociones fluctúan, nuestro entendimiento sigue incompleto y nuestras oraciones parecen no tener respuesta. La fe se niega a rendirse simplemente porque la visibilidad ha desaparecido.

Quizás uno de los mayores errores dentro del cristianismo moderno es la creencia de que la presencia de Dios siempre debe ir acompañada de experiencias emocionales intensas. Ciertamente, Dios muchas veces nos permite sentir su presencia de maneras hermosas e inolvidables. Esos momentos nos fortalecen y nos animan. Sin embargo, los discípulos maduros eventualmente aprenden que los sentimientos son compañeros maravillosos, pero cimientos poco confiables. Los sentimientos cambian de un día a otro. El carácter de Dios nunca cambia.

Los dos ciegos nos enseñan que el discipulado no puede sostenerse solo con emoción. Si su fe hubiera dependido de una seguridad inmediata, habrían dejado de seguir a Jesús en el momento en que él continuó caminando. En cambio, se anclaron en quién creían que era Jesús. Lo confesaron como “Hijo de David”, declarándolo abiertamente como el Mesías prometido, incluso antes de que él hubiera hecho algo por ellos personalmente. Su teología precedió a su milagro. Su confesión precedió a su sanidad. Su adoración precedió a su avance.

Esta progresión es profundamente significativa. Primero reconocieron la identidad de Cristo. Luego buscaron su presencia. Solo después recibieron su poder. Los creyentes de hoy muchas veces invierten este orden, buscando primero el poder de Dios e intentando desarrollar la relación después. Las Escrituras enseñan constantemente lo contrario. La relación se convierte en el fundamento sobre el cual descansa todo milagro.

Inevitablemente habrá momentos en que tus oraciones parezcan no tener respuesta, tu visión parezca nublada y tu corazón se canse. Durante esas temporadas, recuerda a estos dos ciegos. Nos recuerdan que la mayor evidencia de fe no es que recibimos de inmediato todo lo que pedimos. La mayor evidencia de fe es que seguimos a Jesús aun cuando todavía no podíamos ver hacia dónde nos guiaba. A veces, lo más espiritual que un creyente puede hacer es simplemente dar otro paso de obediencia, confiando en que Aquel que nos llamó ya está preparando el milagro que espera más adelante en el camino.

REFLEXIONA Y ESCRIBE

¿En qué área de tu vida se te está pidiendo ahora mismo que sigas avanzando antes de tener total claridad? ¿Cómo se vería dar hoy un paso de obediencia, aunque no tengas todas las respuestas?

02

SECCIÓN

Por Qué Jesús Esperó Hasta Llegar a la Casa

“Y llegado a la casa, vinieron a él los ciegos; y Jesús les dijo: ¿Creéis que puedo hacer esto? Ellos dijeron: Sí, Señor.”

MATEO 9:28 (RVR1960)

Uno de los detalles más notables de este milagro no es la sanidad en sí, sino el lugar donde ocurrió. Jesús tenía la autoridad para restaurar la vista de estos ciegos en el mismo instante en que clamaron a él junto al camino. A lo largo de su ministerio, demostró una y otra vez que la distancia, el lugar y las circunstancias nunca limitaron su poder. Sanó con un toque, con una palabra, e incluso desde lejos. Nada le impedía detenerse en medio del camino, pronunciar una sola frase y abrir sus ojos al instante. Y sin embargo, deliberadamente escogió no hacerlo. En cambio, siguió caminando hasta entrar en la casa. Esta demora intencional nos obliga de inmediato a hacernos una pregunta importante: ¿por qué Jesús postergaría un milagro que era plenamente capaz de realizar en cualquier momento? La respuesta revela algo profundo acerca del corazón de Dios. Jesús nunca estuvo interesado simplemente en resolver un problema inmediato. Estaba interesado en formar discípulos. Antes de restaurar su vista física, deseaba fortalecer su fe espiritual. La casa no fue solamente el lugar del milagro; se convirtió en el salón de clases donde se desarrollaron la confianza, la relación y el discipulado antes de que el milagro se experimentara.

Este patrón aparece a lo largo de toda la Escritura y nos enseña que Dios muchas veces realiza su obra más profunda en lugares de intimidad y no en lugares de publicidad. El camino representaba el escenario público donde todos podían ser testigos de los ciegos clamando por misericordia, pero la casa representaba algo completamente distinto. La casa era el lugar donde caían las máscaras, donde las conversaciones se volvían personales, donde las familias convivían, donde se revelaba el carácter y donde la fe ya no se representaba para una audiencia, sino que se vivía en relación genuina. La adoración pública puede revelar nuestra pasión, pero la devoción privada revela nuestra madurez. Una cosa es declarar la bondad de Dios rodeados de otros creyentes en un culto de adoración; otra cosa muy distinta es confiar en él en los momentos silenciosos de la vida, cuando nadie más está mirando. Jesús trasladó intencionalmente a estos hombres del camino a la casa porque quería que ellos —y todo futuro discípulo que leyera este relato— entendieran que la fe no puede sobrevivir únicamente con experiencias públicas. Tarde o temprano debe volverse personal.

Este patrón bíblico está tejido a lo largo de toda la historia de la redención. Mucho antes de que Israel construyera el Tabernáculo o el Templo, Dios eligió revelar su pacto dentro de hogares comunes. Durante la primera Pascua, la sangre del cordero no se colocó en las puertas de un santuario, sino en los postes de las puertas de cada casa. Éxodo 12:7 declara: “Y tomarán de la sangre, y la pondrán en los dos postes y en el dintel de las casas”. La liberación entró por el hogar, porque Dios siempre ha querido que su pacto se viva donde la gente realmente

habita. Años después, Josué se pondría de pie ante la nación y haría una de las declaraciones más memorables de las Escrituras, diciendo: “pero yo y mi casa serviremos a Jehová” (Josué 24:15). Josué entendió que la fe genuina jamás podría quedar limitada a las asambleas públicas. Si Israel quería permanecer fiel, cada hogar tenía que convertirse en un lugar donde Dios fuera honrado cada día. El mismo principio aparece de nuevo en el Nuevo Testamento cuando Pablo le dice al carcelero de Filipos: “Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa” (Hechos 16:31). La salvación nunca tuvo el propósito de transformar solo a individuos; fue diseñada para transformar hogares.

Comprender este patrón bíblico arroja nueva luz sobre por qué Jesús retrasó el milagro. El camino mostró la desesperación de los ciegos, pero la casa revelaría la condición de su fe. Una vez adentro, Jesús de inmediato les hizo una pregunta que casi parece innecesaria: “¿Creéis que puedo hacer esto?”. A primera vista, la pregunta parece redundante. Después de todo, estos hombres ya lo habían seguido por toda la ciudad gritando: “Ten misericordia de nosotros, Hijo de David”. Sus acciones parecían demostrar lo que creían. Y sin embargo, Jesús hizo la pregunta de todos modos. No porque le faltara información, sino porque la fe muchas veces se fortalece cuando se confiesa. A lo largo de las Escrituras, Dios repetidamente hace preguntas cuyas respuestas ya conoce. Le preguntó a Adán: “¿Dónde estás tú?”, no porque desconociera su ubicación, sino porque Adán necesitaba enfrentar su propia condición. Le preguntó a Elías: “¿Qué haces aquí?”, no porque necesitara información, sino porque Elías necesitaba examinarse a sí mismo. De igual manera, Jesús pidió a estos ciegos que expresaran en voz alta su confianza, porque los estaba llevando más allá de la desesperación emocional, hacia una convicción firme. Existe una diferencia significativa entre clamar por ayuda y declarar con confianza quién es Cristo. La desesperación busca alivio, pero la fe descansa en el carácter inmutable de Dios mucho antes de que llegue el alivio.

Esta distinción sigue siendo igual de importante para los creyentes de hoy. Muchas personas buscan a Cristo por primera vez en momentos de crisis. La enfermedad, las dificultades económicas, las relaciones rotas, el temor, la decepción o el fracaso personal muchas veces nos llevan a arrodillarnos. Dios recibe con gozo todo clamor sincero de misericordia, porque su compasión no tiene límites. Sin embargo, él nunca quiso que nuestra relación con él girara únicamente alrededor de las emergencias. La vida cristiana debe crecer más allá de buscar a Dios solo cuando algo anda mal. La mayor invitación del evangelio no es simplemente experimentar la intervención de Dios, sino vivir en comunión continua con él. Una crisis puede presentarnos a Jesús, pero es la intimidad lo que nos mantiene caminando con él. Por eso gran parte del crecimiento espiritual ocurre fuera del edificio de la iglesia. La adoración congregacional nos fortalece, la predicación bíblica nos equipa y la comunión fraternal nos anima, pero la transformación finalmente se revela en los ritmos ordinarios de la vida diaria. Se revela en las conversaciones que tenemos con nuestro cónyuge, en la paciencia que mostramos con nuestros hijos, en las oraciones que hacemos cuando nadie más nos escucha y en las decisiones que tomamos cuando no hay audiencia presente. La casa expone si la fe que mostramos en público de verdad ha echado raíces en lo privado.

Jesús sigue invitando hoy a cada creyente a ese mismo camino. Él no se conforma con ser el Dios que reconocemos durante los cultos mientras permanece ausente de los lugares donde realmente vivimos. Desea convertirse en Señor de nuestros hogares, nuestros matrimonios, nuestras conversaciones, nuestros hábitos, nuestras prioridades y cada rincón oculto de nuestra vida. Los milagros más grandes rara vez son los que reciben el aplauso más fuerte. Muchas veces, la obra más extraordinaria de Dios ocurre calladamente detrás de las puertas de un hogar común, donde los corazones se entregan, las relaciones se restauran, la fe se fortalece y los discípulos se forman. El camino puede presentarnos a Cristo, pero la casa es donde Cristo comienza la obra de toda una vida de transformarnos a su imagen.

REFLEXIONA Y ESCRIBE

Piensa en la diferencia entre cómo te presentas ante Cristo en público y cómo lo recibes en privado —en tu casa, a solas, en tu vida de pensamiento—. ¿Dónde está la brecha más grande en este momento?

03

SECCIÓN

El Trayecto Entre la Oración y el Milagro

“Y pasando Jesús de allí, le siguieron dos ciegos, dando voces y diciendo: ¡Ten misericordia de nosotros, Hijo de David! Y llegado a la casa, vinieron a él los ciegos...”

MATEO 9:27-28 (RVR1960)

Uno de los mayores desafíos que todo creyente enfrenta tarde o temprano es aprender a vivir fielmente entre la oración y la respuesta. Naturalmente celebramos el comienzo de la historia, cuando la fe se levanta en nuestro corazón para pedirle a Dios lo imposible, y nos gozamos al final de la historia, cuando su poder irrumpe y el milagro finalmente llega. Sin embargo, la mayor parte de la vida cristiana no se vive en ninguno de esos dos momentos. Se vive en el espacio entre ellos. Es en ese intervalo, muchas veces incómodo, donde las oraciones ya se ofrecieron pero las respuestas todavía no aparecen, donde Dios realiza parte de su obra más profunda en su pueblo. Los dos ciegos se encontraban precisamente en ese lugar. Habían reconocido a Jesús como el Mesías. Habían clamado por misericordia con fe sincera. Y sin embargo, nada cambió de inmediato. Su ceguera seguía exactamente igual que momentos antes. Sus circunstancias no ofrecían ninguna evidencia visible de que la sanidad estuviera llegando. Aun así, siguieron caminando. Su travesía nos recuerda que la fe no se mide por cuán fuerte oramos cuando el milagro parece cercano, sino por cuán fielmente seguimos caminando cuando nada parece estar cambiando.

Nuestra naturaleza humana muchas veces interpreta la demora como rechazo. Estamos condicionados a creer que las respuestas inmediatas indican aprobación, mientras que el silencio sugiere abandono. Esa mentalidad fácilmente se filtra en nuestra vida espiritual. Cuando las respuestas llegan rápido, nos gozamos en la fidelidad de Dios. Cuando no llegan, el enemigo susurra en silencio que tal vez Dios se ha olvidado de nosotros, nos ha pasado por alto o ha elegido a alguien más en nuestro lugar. Sin embargo, las Escrituras enseñan constantemente que los tiempos de Dios no se pueden medir con expectativas humanas. Demora y negación no son sinónimos. Una respuesta demorada no indica necesariamente un Dios reacio. Muy a menudo, revela a un Padre sabio que entiende que nuestra preparación es tan importante como nuestro destino.

A lo largo de las Escrituras encontramos una y otra vez a hombres y mujeres que descubrieron que las mayores promesas de Dios fueron precedidas por temporadas de espera. Abraham recibió la promesa de un hijo décadas antes de que Isaac naciera. José soñó con liderazgo años antes de estar en el palacio de Faraón. David fue ungido rey siendo todavía un joven pastor, y sin embargo pasó años huyendo de Saúl antes de sentarse en el trono de Israel. Moisés pasó cuarenta años en el desierto antes de sacar a Israel de Egipto. Incluso los discípulos esperaron en Jerusalén después de la ascensión de Cristo hasta que llegó por completo el día de Pentecostés. En cada uno de estos relatos, la espera no fue tiempo desperdiciado. Dios estaba realizando algo en sus siervos que los prepararía para administrar la bendición que habían pedido.

El profeta Isaías aborda esta realidad con una honestidad admirable. Escribe:

“Pero los que esperan a Jehová tendrán nuevas fuerzas; levantarán alas como las águilas; correrán, y no se cansarán; caminarán, y no se fatigarán.”

ISAÍAS 40:31 (RVR1960)

Es significativo que Isaías no solo promete que quienes esperan finalmente recibirán lo que desean. Más bien, declara que la espera misma se convierte en un lugar de renovación. Mientras muchas veces nos enfocamos en aquello que estamos esperando, Dios frecuentemente se enfoca en lo que está produciendo dentro de nosotros mientras esperamos. La espera desarrolla la perseverancia. La espera enseña dependencia. La espera expone motivos. La espera purifica nuestras prioridades. La espera va desplazando gradualmente nuestra confianza, de nuestra propia capacidad hacia la fidelidad de Dios. Para cuando finalmente llega la respuesta, muchas veces ya no somos las mismas personas que hicieron la oración por primera vez.

Esto ayuda a explicar por qué Jesús no se detuvo de inmediato por los ciegos. Si los hubiera sanado en el instante en que clamaron, ciertamente se habrían gozado, pero nunca habrían experimentado la lección que el trayecto mismo estaba diseñado para enseñar. Cada paso que dieron detrás de Jesús se convirtió en otra declaración de que confiaban en él aunque nada hubiera cambiado todavía. Cada momento sin respuesta fortaleció el fundamento de su fe. Cada pisada proclamaba en silencio: “Nuestras circunstancias siguen igual, pero nuestra confianza en Cristo permanece inalterable”. Sin darse cuenta, el camino mismo se estaba convirtiendo en parte del milagro.

Una de las estrategias favoritas del enemigo durante las temporadas de espera es convencer a los creyentes de que no está pasando nada simplemente porque no se ve nada. Sin embargo, el reino de Dios rara vez opera según las apariencias visibles. Las semillas se desarrollan bajo la tierra mucho antes de brotar a la superficie. Un niño crece en el vientre durante meses antes de nacer. Los cimientos se colocan debajo de los edificios mucho antes de que se levanten las paredes. De igual manera, gran parte de la obra de Dios en nuestra vida ocurre debajo de la superficie, donde los ojos naturales todavía no pueden percibirla. El cielo muchas veces está obrando con mayor poder precisamente cuando la tierra parece más ordinaria.

Esta verdad se vuelve aún más clara cuando consideramos otro pasaje admirable.

“¿Quién hay entre vosotros que teme a Jehová, y oye la voz de su siervo? El que anda en tinieblas y carece de luz, confíe en el nombre de Jehová, y apóyese en su Dios.”

ISAÍAS 50:10 (RVR1960)

Este versículo es sorprendente porque dismantela una de las ideas equivocadas más comunes acerca de la madurez espiritual. Note que Isaías no está describiendo a alguien que vive en rebeldía contra Dios. Está describiendo a alguien que teme al Señor, obedece su voz y, aun así, se encuentra caminando en tinieblas sin claridad inmediata. La obediencia no elimina toda temporada de incertidumbre. La fidelidad no exime a los creyentes de momentos en que el cielo parece guardar silencio. Incluso quienes aman sinceramente a Dios pueden experimentar períodos en los que no logran ver con claridad el siguiente paso. La instrucción de Dios durante esas temporadas no es abandonar el camino ni buscar otra alternativa. Su mandato es sencillo: “confíe en el nombre de Jehová, y apóyese en su Dios”.

La frase apóyese en su Dios lleva consigo la hermosa imagen de recostar todo el peso propio sobre algo lo suficientemente fuerte para sostenerlo. Describe una dependencia total. En lugar de apoyarse en las emociones, las circunstancias, las opiniones o la evidencia visible, el creyente se apoya por completo en el carácter inmutable de Dios. Esto es exactamente lo que los dos ciegos estaban haciendo sin siquiera darse cuenta. No podían apoyarse en su vista, porque no tenían ninguna. No podían apoyarse en un progreso visible, porque su ceguera continuaba. Solo podían apoyarse en Aquel a quien creían digno de su confianza. Irónicamente, su ceguera física se convirtió en la misma condición que les enseñó a ver espiritualmente.

La cultura moderna nos ha condicionado a esperar resultados instantáneos. Nos comunicamos al instante, compramos al instante, recibimos información al instante, y muchas veces suponemos que el crecimiento espiritual debería seguir el mismo patrón. Sin embargo, el reino de Dios nunca ha funcionado según el ritmo de la conveniencia humana. El Señor nunca tiene prisa, porque sus propósitos son eternos. Mientras nosotros estamos ansiosos por llegar al milagro, él está formando con paciencia al discípulo que un día llevará ese milagro con humildad, sabiduría y perseverancia.

Quizás por eso Santiago anima a los creyentes a ver las pruebas de una manera distinta a como lo haría la mente natural.

“Sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia. Mas tenga la paciencia su obra completa, para que seáis perfectos y cabales, sin que os falte cosa alguna.”

SANTIAGO 1:3-4 (RVR1960)

Note que Santiago no dice que la fe produce paciencia. Dice que la prueba de la fe produce paciencia. Una fe que nunca ha sido probada nunca ha sido fortalecida. Es en la tensión entre la promesa y su cumplimiento donde se forma la madurez espiritual. Dios no está interesado únicamente en responder nuestras oraciones; está interesado en formar nuestro carácter. Muchas veces, la persona en que nos convertimos durante la espera es un milagro incluso mayor que la respuesta que hemos estado pidiendo.

El trayecto entre la oración y el milagro nunca es un espacio vacío. Es terreno santo. Es donde la confianza se profundiza, la entrega crece, la dependencia madura y la intimidad con Cristo se vuelve más fuerte que el deseo de respuestas inmediatas. Los dos ciegos finalmente recibieron su vista, pero antes de experimentar sus ojos abiertos, aprendieron algo aún más valioso: descubrieron que Jesús valía la pena seguir aun cuando todavía no podían ver hacia dónde los guiaba. Esa lección sigue siendo una de las mayores expresiones de la fe bíblica, y continúa formando a todo discípulo que decide seguir caminando mientras espera que Dios actúe.

REFLEXIONA Y ESCRIBE

¿Estás actualmente en una temporada de espera por una promesa o una oración sin responder?

¿Qué está desarrollando Dios en ti durante este espacio intermedio que una respuesta rápida habría impedido?

04

SECCIÓN

Caminar por Fe Cuando el Cielo Guarda Silencio

“(porque por fe andamos, no por vista;)”

2 CORINTIOS 5:7 (RVR1960)

Hay temporadas en el camino de todo creyente que se convierten en momentos decisivos de madurez espiritual. No son necesariamente las temporadas en que abundan los milagros, las oraciones se responden de inmediato o la presencia de Dios se siente abrumadoramente tangible. Con más frecuencia, son las temporadas silenciosas en las que el cielo parece guardar silencio. Son los momentos en que nuestras oraciones parecen subir sin una respuesta inmediata, en que nuestras circunstancias siguen igual a pesar de nuestra fidelidad constante, y en que anhelamos una palabra de Dios mientras solo escuchamos silencio. Es durante esas temporadas que se revela la verdadera naturaleza de la fe. Cualquiera puede celebrar la bondad de Dios cuando su mano es claramente visible, pero los discípulos maduros aprenden a confiar en su corazón aun cuando todavía no se puede ver su mano.

Los dos ciegos del Evangelio de Mateo entraron exactamente en ese tipo de temporada. Clamaron a Jesús con una confianza admirable, reconociéndolo como el prometido Hijo de David, y sin embargo, después de su súplica apasionada, no pareció suceder nada. Jesús no se detuvo. No los reconoció de inmediato. No les aseguró que la sanidad estaba en camino. Desde una perspectiva humana, su silencio fácilmente podría haberse malinterpretado como indiferencia. Y sin embargo, lo que parecía silencio era en realidad invitación. Jesús los estaba invitando a una expresión más profunda de fe —una fe que ya no dependía de una seguridad inmediata, sino que descansaba por completo en su carácter—. Siguieron caminando no porque recibieron confirmación, sino porque ya habían decidido en su corazón que él era digno de su confianza.

Esta distinción es una de las mayores diferencias entre la fe emocional y la fe de pacto. La fe emocional sube y baja con las circunstancias. Se siente cercana a Dios cuando las oraciones se responden rápida y fácilmente, y se desanima cuando persisten las dificultades. La fe de pacto, en cambio, está anclada en algo mucho más profundo que las emociones cambiantes. Descansa sobre la naturaleza inmutable de Dios mismo. Las emociones son regalos valiosos de Dios, y a lo largo de las Escrituras encontramos creyentes expresando gozo, tristeza, celebración, dolor, temor y adoración desbordante. Dios creó nuestras emociones, y muchas veces ministra a través de ellas. Sin embargo, nunca quiso que las emociones fueran el fundamento de nuestra relación con él. Los sentimientos fluctúan de un día a otro. El carácter de Dios nunca cambia.

Esta es una de las razones por las que el apóstol Pablo pudo escribir con tanta confianza:

“(porque por fe andamos, no por vista;)”

2 CORINTIOS 5:7 (RVR1960)

Estas palabras tan conocidas se citan frecuentemente en tiempos de dificultad, y sin embargo su pleno significado merece una reflexión cuidadosa. Caminar por fe no significa simplemente creer que Dios existe. Hasta los demonios creen eso. Caminar por fe significa permitir que las promesas de Dios gobiernen nuestras decisiones, aun cuando las circunstancias visibles parezcan contradecir esas promesas. Significa seguir obedeciendo cuando el entendimiento está incompleto. Significa negarse a abandonar la Palabra de Dios simplemente porque nuestras emociones se han desestabilizado. La fe no es optimismo ciego; es confianza informada en el carácter digno de confianza de Dios.

La Biblia demuestra una y otra vez que el pueblo de Dios muchas veces experimentó temporadas en las que su voz parecía ausente. David, descrito como un varón conforme al corazón de Dios, clamó:

“¿Hasta cuándo, oh Jehová? ¿Me olvidarás para siempre? ¿Hasta cuándo esconderás tu rostro de mí?”

SALMOS 13:1 (RVR1960)

Estas palabras son notablemente sinceras. David no estaba fingiendo que todo se sentía espiritualmente vibrante. Reconoció abiertamente la dolorosa realidad de que la presencia de Dios parecía distante. Pero observe lo que sucede a medida que el salmo continúa. David se niega a permitir que sus emociones escriban la conclusión de su historia. Al final del salmo declara:

“Mas yo en tu misericordia he confiado; Mi corazón se alegrará en tu salvación.”

SALMOS 13:5 (RVR1960)

Nada en las circunstancias de David había cambiado necesariamente. Lo que cambió fue la dirección de su mirada. En lugar de permitir que sus sentimientos definieran el carácter de Dios, permitió que el carácter de Dios redefiniera sus sentimientos. Esta es una de las mayores marcas de la madurez espiritual. Los creyentes maduros reconocen sus emociones con honestidad, sin permitir que esas emociones se conviertan en la autoridad final sobre su fe.

El profeta Isaías presenta un cuadro todavía más impactante de esta realidad.

“¿Quién hay entre vosotros que teme a Jehová, y oye la voz de su siervo? El que anda en tinieblas y carece de luz, confíe en el nombre de Jehová, y apóyese en su Dios.”

ISAÍAS 50:10 (RVR1960)

Este versículo debería transformar por completo la manera en que pensamos acerca de las temporadas de silencio espiritual. Isaías no está describiendo a una persona rebelde que se ha alejado de Dios. Está describiendo a alguien que teme al Señor, obedece su voz y, aun así, se encuentra caminando en tinieblas. Esa sola observación debería

consolar a muchos creyentes sinceros. Hay momentos en que las personas fieles atraviesan temporadas confusas. Hay instantes en que discípulos obedientes todavía carecen de claridad. Hay períodos en que cristianos comprometidos siguen orando sin respuestas inmediatas. Ninguna de estas experiencias indica automáticamente que Dios haya abandonado a sus hijos. Más bien, muchas veces se convierten en el ambiente mismo en que la fe madura más allá de la dependencia de la evidencia visible.

Note también lo que Isaías no dice. No le dice al creyente que fabrique su propia luz. No lo anima a buscar alternativas más fáciles ni a abandonar el camino. En cambio, da una sola instrucción sencilla: “confíe en el nombre de Jehová, y apóyese en su Dios”. Apoyarse en Dios significa recostar todo el peso de nuestra vida sobre su fidelidad. Significa que, cuando nuestro entendimiento llega a su límite, su carácter se convierte en nuestra estabilidad. Cuando nuestras emociones fluctúan, sus promesas permanecen constantes. Cuando nuestra vista se nubla, su verdad se convierte en la lámpara que guía nuestro siguiente paso.

Este principio se ilustra hermosamente en la vida de los mismos discípulos. Consideremos la tormenta en el mar de Galilea que se registra en Marcos capítulo cuatro. Mientras los discípulos luchaban contra vientos violentos y olas que rompían, Jesús parecía estar dormido en la popa de la barca. Desde su perspectiva, el cielo guardaba silencio mientras la tormenta se intensificaba. Interpretaron su aparente inactividad como indiferencia, clamando: “Maestro, ¿no tienes cuidado que perecemos?”. Sin embargo, Jesús nunca perdió el control de la situación. Su silencio nunca fue evidencia de su ausencia. Aquel que parecía descansar tranquilamente seguía siendo Señor sobre cada ola que amenazaba la barca. Su mayor necesidad no era simplemente que se calmara la tormenta, sino que se fortaleciera su confianza en Aquel que permanecía soberano en medio de ella.

¿Cuántas veces cometemos el mismo error? Suponemos que, porque Dios no ha hablado recientemente, ha dejado de obrar. Concluimos que, porque las circunstancias siguen siendo difíciles, él ya no debe estar cerca. Sin embargo, las Escrituras enseñan constantemente lo contrario. El silencio de Dios nunca está vacío. Detrás de lo que parece inactividad divina, su providencia sigue desplegándose con perfecta sabiduría. José no podía ver a Dios mientras estaba sentado en una prisión egipcia, y sin embargo Dios estaba preparando un trono. Rut no podía ver el plan completo de Dios mientras espigaba en los campos, y sin embargo él la estaba tejiendo en la genealogía del Mesías. Ester no podía entender todas las circunstancias que rodeaban su exilio, y sin embargo Dios la estaba posicionando para preservar a toda una nación. El silencio del cielo nunca ha significado la ausencia de la actividad divina.

Quizás uno de los mayores peligros que enfrentan los creyentes durante las temporadas de silencio es la tentación de permitir que sentimientos pasajeros reescriban la verdad eterna. El enemigo sabe que, si no puede destruir nuestra fe por completo, intentará debilitarla mediante el desánimo. Susurra que la oración sin respuesta significa promesas olvidadas. Sugiere que los milagros demorados indican un amor disminuido. Convince a los creyentes cansados de que, porque no pueden percibir en este momento la presencia de Dios, esa presencia ya no existe. Sin embargo, la cruz desmiente esa mentira para siempre. El Dios que nos amó lo suficiente como para dar a su único Hijo no se ha vuelto de repente indiferente hacia sus hijos. Su silencio puede poner a prueba nuestra fe, pero su pacto permanece inalterable.

Los dos ciegos nos enseñan una lección que todo discípulo debe aprender tarde o temprano. Se negaron a dejar que el silencio determinara su dirección. Siguieron caminando. Siguieron confiando. Siguieron adelante. No necesitaban una seguridad constante porque ya estaban convencidos de quién era Jesús. Su confianza no descansaba en lo que podían ver en ese momento, sino en Aquel a quien creían que los estaba guiando. En muchos sentidos, su ceguera se convirtió en el ambiente mismo donde nació la verdadera vista espiritual.

Habr  temporadas en la vida de todo cristiano en que las oraciones parezcan sin respuesta, las emociones se sientan débiles y el cielo parezca inusualmente callado. Durante esos momentos, recuerda a estos dos ciegos. La ausencia de respuestas inmediatas no significa la ausencia de la presencia de Dios. A veces, la mayor expresión de fe es simplemente negarse a dejar de caminar. El cielo puede parecer silencioso, pero Cristo sigue guiando. El milagro puede no ser todavía visible, pero el camino sigue bajo su dirección soberana. Quienes continúan siguiendo durante el silencio muchas veces descubren que lo que parecía demora en realidad era preparación para una revelación más profunda de la fidelidad de Dios de la que jams  pudieron haber imaginado.

REFLEXIONA Y ESCRIBE

Recuerda una temporada en que Dios se sintió en silencio. Mirando atrás,  c mo respondiste, y qué harías diferente la próxima vez que el cielo parezca callado?

05

SECCIÓN

Conforme a Tu Fe

“Entonces les tocó los ojos, diciendo: Conforme a vuestra fe os sea hecho.”

MATEO 9:29 (RVR1960)

Pocas frases dichas por Jesús se han citado tanto como estas palabras sencillas y a la vez profundas: “Conforme a vuestra fe os sea hecho”. Lamentablemente, también han sido de las más malentendidas. En algunos círculos, este versículo se ha interpretado como si la fe misma poseyera un poder sobrenatural, como si creer con suficiente intensidad de alguna manera obligara a Dios a actuar. Otros han concluido que toda oración sin respuesta debe ser resultado de una fe insuficiente, dejando a creyentes sinceros cargados de una culpa innecesaria cada vez que la sanidad, la provisión o la liberación no llegan como esperaban. Ninguna de estas conclusiones refleja la enseñanza de las Escrituras, ni representan con precisión lo que Jesús les estaba comunicando a estos dos ciegos.

Para entender correctamente las palabras de Cristo, primero debemos reconocer que la fe nunca ha sido la fuente del milagro. Solo Dios es la fuente. La fe no crea el poder divino; simplemente conecta al creyente con Aquel que posee todo el poder. El objeto de la fe siempre ha sido mucho más importante que la cantidad de fe. Una mano débil que sostiene una cuerda fuerte está infinitamente más segura que una mano fuerte que se aferra a un hilo roto. De la misma manera, incluso una fe imperfecta puesta en un Salvador perfecto se vuelve suficiente, porque la fortaleza no reside en el creyente, sino en Cristo mismo.

Note con atención que Jesús no dijo: “Conforme a vuestro esfuerzo”, ni “conforme a vuestras emociones”, ni siquiera “conforme a vuestra desesperación”. Dijo: “Conforme a vuestra fe”. Esta distinción es significativa porque estos hombres ciertamente tenían mucha emoción. Habían gritado fuerte en las calles. Habían declarado públicamente que Jesús era el Hijo de David. Lo habían perseguido con una persistencia admirable. Sin embargo, ninguna de esas cosas, por sí sola, constituía la fe bíblica. Su fe se reveló en algo mucho más profundo que la intensidad emocional. Se reveló en su confianza inquebrantable de que Jesús era exactamente quien decía ser. Creyeron en su identidad antes de experimentar su intervención. Su confianza no descansaba en su propia capacidad de creer perfectamente, sino en la capacidad de Cristo de hacer lo que nadie más podía hacer.

Este principio está tejido a lo largo de toda la Biblia. La fe nunca es confianza en nosotros mismos; es confianza en Dios. Abraham creyó la promesa de Dios aun cuando su propio cuerpo testificaba que la paternidad era imposible. Moisés se paró frente al mar Rojo sin ninguna solución visible, porque su confianza descansaba en el Dios que ya había demostrado su fidelidad en Egipto. Josué marchó alrededor de Jericó no porque la estrategia militar tuviera sentido, sino porque la promesa de Dios era más confiable que la lógica humana. Daniel entró al foso de los leones sin saber si Dios cerraría la boca de los leones, pero sabía que el Señor seguía siendo digno de obediencia sin importar el resultado. En cada caso, la fe no fue pensamiento positivo ni optimismo ciego. La fe fue una confianza firme en el carácter de Dios.

El escritor de Hebreos ofrece quizás la definición bíblica más clara.

“Pero sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan.”

HEBREOS 11:6 (RVR1960)

Note que la fe comienza creyendo quién es Dios, antes de considerar qué hace Dios. Este orden es esencial. La fe bíblica está arraigada primero en la identidad de Dios. Creemos porque él es fiel, santo, soberano, amoroso, justo e incapaz de fallar. Sus acciones fluyen de su carácter, y como su carácter nunca cambia, nuestra confianza permanece segura aun cuando todavía no entendamos sus acciones.

Esta verdad se vuelve especialmente importante durante las temporadas en que nuestras oraciones quedan sin respuesta. Si nuestra fe descansa únicamente en recibir lo que pedimos, la decepción eventualmente sacudirá nuestra confianza. Todo creyente experimentará momentos en que Dios responde de manera distinta a lo esperado. Algunas oraciones se responden de inmediato. Otras se responden gradualmente. Otras reciben respuestas que quizás no entendamos por completo hasta la eternidad. Si nuestra confianza depende solo de circunstancias favorables, nuestra fe subirá y bajará continuamente con las situaciones cambiantes. Sin embargo, cuando nuestra confianza descansa en la naturaleza inmutable de Dios, ni siquiera las preguntas sin respuesta pueden destruir nuestra confianza, porque sabemos en quién hemos creído.

El apóstol Pablo expresa hermosamente esta confianza cerca del final de su vida.

“...pues yo sé a quién he creído, y estoy seguro de que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día.”

2 TIMOTEO 1:12 (RVR1960)

Note que Pablo no dice: “Yo sé lo que he creído”. Aunque la sana doctrina es esencial, Pablo señala más allá de la doctrina, hacia la relación. Su confianza descansa en a quién ha creído. La fe cristiana nunca es simplemente confianza en un conjunto de ideas; es confianza en el Cristo vivo. Esto es exactamente lo que Jesús estaba cultivando en los dos ciegos. Antes de sanar sus ojos, quería que expresaran su confianza en él de manera personal. El milagro se convertiría en una expresión de relación, y no solo en el cumplimiento de una petición.

Hay otro detalle hermoso que no debe pasarse por alto. Jesús no sanó a estos hombres desde la distancia. Mateo nos dice que “entonces les tocó los ojos”. Aquel que habló y las galaxias existieron eligió tocar el mismo lugar de su debilidad. Este toque nos recuerda que los milagros de Cristo nunca son actos mecánicos de poder divino. Son expresiones profundamente personales de su compasión. A lo largo de los Evangelios, Jesús tocó repetidamente a quienes la sociedad muchas veces evitaba. Tocó a leprosos a quienes nadie más se atrevía a acercarse. Tomó a los niños en sus brazos. Sostuvo la mano de Pedro cuando se hundía en el agua. Tocó el féretro del hijo muerto de una viuda. Una y otra vez, su toque reveló que Dios no está distante del sufrimiento humano, sino que entra personalmente en él.

Para estos ciegos, el toque llevaba un significado profundo. Su ceguera probablemente los había aislado social y económicamente. Dependían de otros para sobrevivir cada día. Muchas personas sin duda pasaban junto a ellos sin reconocer jamás su humanidad. Y sin embargo, el Hijo de Dios no solo escuchó su clamor, sino que puso sus

manos precisamente sobre los ojos que nunca habían visto su rostro. Antes de poder verlo físicamente, experimentaron su compasión de manera personal. Esto nos recuerda que el mayor deseo de Dios no es simplemente resolver nuestros problemas, sino acercarse a nosotros en medio de ellos.

La declaración “Conforme a vuestra fe os sea hecho” se vuelve entonces mucho más rica que una simple fórmula para recibir milagros. Revela que las bendiciones de Dios muchas veces se experimentan a través de una relación de confianza. La fe nos coloca en posición de recibir lo que solo Cristo puede dar. No manipula a Dios, ni gana su favor. Más bien, abre nuestro corazón para recibir de la mano generosa de un Padre amoroso que se deleita en responder a quienes confían en él.

Como creyentes, debemos examinar continuamente dónde descansa realmente nuestra confianza. ¿Está nuestra fe anclada en circunstancias favorables, o está anclada en el carácter de Cristo? ¿Confiamos en él solo cuando entendemos sus tiempos, o nos hemos convencido de que él permanece fiel aun cuando sus caminos superan nuestro entendimiento? Los dos ciegos respondieron estas preguntas mucho antes de recibir su vista. Sus pies siguieron caminando mientras sus ojos permanecían ciegos, porque ya habían resuelto el asunto más importante en su corazón: Jesús era capaz. Una vez que esa convicción se volvió inamovible, el milagro simplemente se convirtió en la confirmación visible de una fe que ya había echado raíces profundas dentro de ellos.

REFLEXIONA Y ESCRIBE

¿Dónde está descansando realmente tu confianza en este momento —en circunstancias favorables, en tu propio esfuerzo o en el carácter de Dios? ¿Cómo se vería trasladar por completo esa confianza hacia él esta semana?

06

SECCIÓN

El Milagro Nunca Fue la Meta Final

“Y los ojos de ellos fueron abiertos. Y Jesús les encargó rigurosamente, diciendo: Mirad que nadie lo sepa. Pero salidos ellos, divulgaron la fama de él por toda aquella tierra.”

MATEO 9:30-31 (RVR1960)

Si la historia terminara en el versículo veintinueve, naturalmente concluiríamos que todo había llegado a su conclusión perfecta. Los ciegos habían seguido a Jesús con fe, lo habían confesado como el Mesías, habían entrado en la casa, habían expresado su confianza en su capacidad y finalmente habían experimentado el milagro que tanto habían anhelado. Sus ojos fueron abiertos. Sus vidas nunca volverían a ser igual. La mayoría de los lectores esperarían que Mateo concluyera el relato justo en ese momento, porque, desde una perspectiva humana, el milagro parece ser el clímax de la historia. Sin embargo, el Espíritu Santo registra intencionalmente lo que sucede después, y al hacerlo revela una de las lecciones de discipulado más pasadas por alto en todo el Evangelio.

Inmediatamente después de restaurar su vista, Jesús les dio una orden.

“Mirad que nadie lo sepa.”

El milagro fue seguido de instrucción.

La gracia fue seguida de responsabilidad.

La sanidad fue seguida de obediencia.

Este orden no es accidental ni insignificante. Demuestra un principio que resuena a lo largo de toda la Escritura: Dios nunca realiza milagros solamente para asombrar a la gente. Realiza milagros para atraer a las personas hacia una obediencia y una relación más profundas con él mismo. El milagro nunca fue diseñado para ser el destino de su camino. Fue el comienzo de uno nuevo.

Este es uno de los mayores malentendidos del cristianismo moderno. Muchas personas buscan a Dios apasionadamente hasta que reciben lo que han estado pidiendo en oración. Lo buscan durante temporadas de enfermedad, incertidumbre económica, relaciones rotas o dolor emocional. Su vida de oración se vuelve fervorosa porque necesitan desesperadamente la intervención divina. Pero una vez que la crisis pasa y el milagro llega, su búsqueda comienza a apagarse silenciosamente. Buscaron la mano de Dios, pero nunca desearon verdaderamente el corazón de Dios. Celebraron su poder, pero nunca se entregaron a su señorío.

Los ciegos nos presentan un cuadro que nos hace reflexionar sobre esta realidad. Obedecieron mientras estaban ciegos. Siguieron a Jesús mientras no podían ver. Confiaron mientras el cielo parecía guardar silencio. Y sin

embargo, inmediatamente después de recibir su milagro, fallaron en obedecer la instrucción más sencilla que Jesús les dio. Mateo registra el contraste con una simplicidad impactante. Jesús ordenó silencio; ellos eligieron la publicidad. Él dio una dirección; ellos eligieron su propio camino.

Esto crea una sorprendente tensión dentro del relato. ¿Cómo pudieron unos hombres que demostraron una fe tan admirable antes del milagro luchar con la obediencia después del milagro? La respuesta expone una realidad que todo creyente debe enfrentar tarde o temprano. La fe que recibe la bendición de Dios también debe convertirse en una fe que se somete a la autoridad de Dios. Recibir un milagro no produce automáticamente madurez espiritual. La intervención divina nunca es un sustituto del discipulado diario.

A lo largo de los Evangelios, Jesús constantemente enfatizó que seguirlo implicaba mucho más que experimentar su poder. Las multitudes se reunían con entusiasmo cada vez que ocurrían milagros, pero muchos desaparecían cuando su enseñanza exigía entrega. Miles aceptaban con gusto el pan multiplicado, pero muchos menos permanecían cuando Jesús hablaba de tomar la cruz. Los milagros atraían atención, pero la obediencia revelaba el discipulado genuino.

El mismo Jesús dejó esta distinción absolutamente clara.

“¿Por qué me llamáis, Señor, Señor, y no hacéis lo que yo digo?”

LUCAS 6:46 (RVR1960)

Esta pregunta va directo al corazón del discipulado cristiano. Es completamente posible reconocer a Jesús con nuestros labios mientras resistimos su autoridad en nuestra vida. Podemos celebrar su capacidad de salvarnos mientras rechazamos silenciosamente su derecho a guiarnos. Sin embargo, el título “Señor” lleva un significado mucho mayor que simplemente reconocer su poder. Declara su propiedad, su autoridad y su derecho a dirigir cada área de nuestra vida. Un Salvador nos rescata; un Señor nos gobierna. Jesús es ambos.

Esta distinción se vuelve especialmente importante cuando consideramos el mensaje más amplio del Nuevo Testamento. La salvación nunca se presenta simplemente como escapar del juicio. Se presenta como entrar en una relación de transformación de toda la vida. Pablo escribe:

“Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional. No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento...”

ROMANOS 12:1-2 (RVR1960)

Note la progresión. Primero viene la misericordia de Dios. Luego sigue nuestra entrega. La gracia siempre precede a la obediencia, pero la gracia nunca elimina el llamado a la obediencia. La cruz no solamente perdona a los pecadores; comienza a transformarlos en discípulos. Todo milagro de gracia invita a una respuesta correspondiente de entrega.

Esta verdad aparece repetidamente a lo largo de las Escrituras. Después de que Israel cruzó el mar Rojo, no simplemente celebró para siempre en la orilla opuesta. Dios de inmediato comenzó a enseñarles cómo vivir como su pueblo de pacto. Después de Pentecostés, los creyentes no solo se gozaron por haber recibido al Espíritu Santo. “Perseveraban en la doctrina de los apóstoles, y en la comunión” (Hechos 2:42). Toda obra significativa de Dios

fue seguida de una formación continua. El milagro abrió la puerta, pero el discipulado les exigió seguir caminando.

El relato de los ciegos sirve, por tanto, como una advertencia para toda generación de creyentes. Nos recuerda que la vida espiritual no puede medirse únicamente por experiencias poderosas. La verdadera madurez se revela por lo que sucede después de que la experiencia ha pasado. Una cosa es adorar apasionadamente durante un servicio en el altar cuando la presencia de Dios se siente tangible. Otra cosa muy distinta es obedecer su voz un martes cualquiera por la mañana, cuando nadie está mirando. Los momentos de avivamiento son preciosos, pero la obediencia cotidiana es donde Cristo verdaderamente se forma en nosotros.

Quizás una de las preguntas más profundas que todo creyente debería hacerse regularmente no es: “¿Qué ha hecho Dios por mí?”, sino: “¿Qué me está pidiendo Dios ahora?”. Cada oración respondida trae consigo una nueva responsabilidad. Cada bendición invita a una mayordomía más profunda. Cada revelación pide una mayor obediencia. La vida cristiana nunca es estática, porque cada encuentro con Cristo nos mueve un paso más hacia su semejanza.

Esto explica por qué Jesús les dio a estos hombres una orden inmediatamente después de sanarlos. Les estaba enseñando —y nos enseña a nosotros— que los milagros no son la conclusión del discipulado. Son invitaciones a una mayor fidelidad. Su vista restaurada estaba destinada a convertirse en el comienzo de una vida cada vez más sometida a Aquel que había abierto sus ojos.

El mismo principio se aplica a todo creyente hoy. Dios sana matrimonios, pero también llama a esposos y esposas a caminar en perdón continuo. Dios restaura vidas quebrantadas, pero también llama a esas vidas a la santidad. Llena a los creyentes con su Espíritu, y sin embargo les sigue enseñando a andar en el Espíritu. El milagro nunca elimina la necesidad de la obediencia; la hace posible y significativa.

El mayor testimonio de una vida transformada no es simplemente que experimentamos el poder de Dios ayer. Es que seguimos sometiéndonos a su señorío hoy. Cristo no nos salvó únicamente para rescatarnos de las tinieblas. Nos salvó para que, día tras día, reflejáramos cada vez más su carácter, siguiéramos su voz y obedeciéramos con gozo su voluntad. El milagro puede cambiar un momento, pero la obediencia forma una vida entera.

REFLEXIONA Y ESCRIBE

¿Alguna vez Dios ha respondido una oración o ha hecho un “milagro” en tu vida que trataste como un final en lugar de un nuevo comienzo de obediencia? ¿Cuál es el siguiente paso de obediencia que quizás te esté pidiendo ahora?

07

SECCIÓN

El Milagro Olvidado: Una Boca Santificada

“Y los ojos de ellos fueron abiertos. Y Jesús les encargó rigurosamente, diciendo: Mirad que nadie lo sepa. Pero salidos ellos, divulgaron la fama de él por toda aquella tierra.”

MATEO 9:30-31 (RVR1960)

Una de las verdades más sorprendentes de este milagro es que el mayor problema que estos hombres enfrentaron después de recibir su vista ya no era su ceguera, sino su obediencia. Antes del milagro, su mayor limitación era física. Después del milagro, su mayor desafío se volvió espiritual. Jesús había abierto sus ojos, pero ahora deseaba gobernar sus vidas. Había quitado su ceguera, pero también quería formar su carácter. Esto nos recuerda que Dios nunca se conforma con cambiar solamente nuestras circunstancias. Su propósito final siempre es transformar a la persona. Al Señor no le interesa simplemente lo que recibimos de él; le importa profundamente en quién nos convertimos por causa de él.

El relato da un giro inesperado cuando Jesús les da a estos hombres una instrucción muy clara. Mateo dice que Jesús “les encargó rigurosamente”, una frase que lleva la idea de dar una orden seria, directa y con autoridad. No era una sugerencia casual ni un consejo amistoso. Era la instrucción del Maestro a sus discípulos. Y sin embargo, a pesar de la claridad de sus palabras, ellos de inmediato eligieron un camino diferente. Fueron por toda la región proclamando exactamente lo que Jesús les había ordenado no anunciar. Si sus motivos fueron la emoción, la gratitud o un simple entusiasmo, no se nos explica, y las Escrituras no nos invitan a especular. Lo que sí revela es que la emoción sincera nunca es un sustituto de la simple obediencia. Las buenas intenciones no pueden reemplazar la sumisión a la voz de Cristo.

Este momento expone una verdad que va mucho más allá de estos dos ciegos. Muchos creyentes tienen suficiente fe para recibir de Dios, pero muchos menos han desarrollado la disciplina de obedecer a Dios consistentemente después de haber recibido sus bendiciones. Naturalmente celebramos los momentos dramáticos en que Dios interviene de maneras extraordinarias, y sin embargo, la madurez espiritual se demuestra con más frecuencia en actos ordinarios de obediencia diaria. Cualquiera puede alabar a Dios cuando llega el milagro. El mayor reto es permitir que ese milagro transforme la manera en que vivimos, pensamos, hablamos y respondemos cada día después.

Lo particularmente interesante es que la primera área en la que estos hombres fallaron fue su manera de hablar. Jesús les dio una instrucción concerniente a su boca, y esa se convirtió precisamente en el lugar donde fallaron. Sus pies habían seguido fielmente a Cristo mientras estaban ciegos, pero sus palabras no lo siguieron después de que pudieron ver. Este no es simplemente un detalle aislado en un milagro. A lo largo de las Escrituras, Dios identifica repetidamente a la lengua como uno de los mayores indicadores de la madurez espiritual.

Santiago escribe con una franqueza admirable:

“Porque todos ofendemos muchas veces. Si alguno no ofende en palabra, éste es varón perfecto, capaz también de refrenar todo el cuerpo.”

SANTIAGO 3:2 (RVR1960)

Santiago no está enseñando la perfección sin pecado. Más bien, está revelando que la lengua muchas veces expone lo que está sucediendo dentro del corazón. Una persona que ha aprendido a someter su manera de hablar generalmente ha aprendido a someter muchas otras áreas de su vida también. Por el contrario, una lengua descontrolada muchas veces revela un corazón descontrolado. Las palabras nunca son simplemente sonidos. Son ventanas hacia la condición del alma.

El mismo Jesús enseñó este mismo principio.

“...porque de la abundancia del corazón habla la boca. El hombre bueno, del buen tesoro del corazón saca buenas cosas...”

MATEO 12:34-35 (RVR1960)

Según Jesús, nuestras palabras no crean lo que hay dentro de nosotros; revelan lo que ya está ahí. La boca se convierte en el desborde del corazón. Por eso la santificación finalmente alcanza nuestra manera de hablar. Mucho antes de que nuestras palabras se transformen, Dios comienza a transformar el corazón del cual fluyen esas palabras. A medida que él cambia a la persona interior, el lenguaje del creyente gradualmente comienza a reflejar el carácter de Cristo.

Esto explica por qué el apóstol Pablo instruyó repetidamente a la iglesia primitiva a cuidar su manera de hablar.

“Ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca, sino la que sea buena para la necesaria edificación, a fin de dar gracia a los oyentes.”

EFESIOS 4:29 (RVR1960)

Note que Pablo no solamente prohíbe el habla dañina. La reemplaza con un habla intencional. Nuestras palabras están destinadas a edificar en lugar de destruir, sanar en lugar de herir, animar en lugar de desanimar, y ministrar gracia en lugar de esparcir amargura. La vida cristiana nunca se define simplemente por lo que dejamos de decir; se define igualmente por las palabras que dan vida y que comenzamos a decir porque Cristo nos ha transformado.

Esta es una de las razones por las que Proverbios pone tanto énfasis en el poder de la lengua.

“La muerte y la vida están en poder de la lengua, y el que la ama comerá de sus frutos.”

PROVERBIOS 18:21 (RVR1960)

Salomón no está sugiriendo que nuestras palabras posean un poder creador independiente, igual al de Dios. Más bien, está reconociendo una realidad espiritual y práctica muy profunda: las palabras dan forma a las relaciones,

influyen en las decisiones, fortalecen la fe, destruyen la confianza, inspiran esperanza o profundizan la desesperación. Cada conversación contribuye a la vida o contribuye a la muerte. Cada frase acerca a las personas a la sanidad o al desánimo. Por eso, todo creyente se convierte en un mayordomo de las palabras que Dios le ha confiado.

Quizás en ningún otro lugar se ilustra este principio de manera tan vívida como en la vida de Israel. La generación que salió de Egipto fue testigo de milagros como ninguna otra generación en la historia. Vieron el mar Rojo dividirse, el maná caer del cielo, agua brotar de una roca y la presencia visible de Dios guiándolos por el desierto. Y sin embargo, a pesar de experimentar milagros extraordinarios, hablaron continuamente palabras de incredulidad, queja, temor y crítica. Su boca contradecía constantemente la fidelidad que ya habían presenciado con sus propios ojos. Con el tiempo, su manera de hablar sin fe reflejó corazones que ya no confiaban en las promesas de Dios. El problema nunca fue simplemente sus palabras; sus palabras revelaban dónde descansaba realmente su confianza.

El mismo peligro existe hoy. Un creyente puede asistir fielmente a la iglesia, adorar apasionadamente, servir con diligencia y amar sinceramente al Señor, y aun así permitir que el temor, la negatividad, la crítica, el chisme, el resentimiento o las palabras descuidadas socaven lo que Dios está logrando en su interior. Muchas veces le pedimos al Señor que sane nuestras circunstancias mientras pasamos por alto las conversaciones diarias que dan forma a esas mismas circunstancias. Dios desea santificar no solo nuestra adoración, sino también nuestras palabras. El milagro no está completo hasta que la lengua que antes hablaba temor comience a hablar fe, la boca que antes esparcía división comience a esparcir paz, y los labios que antes herían a otros comiencen a ministrar gracia.

Los dos ciegos nos recuerdan que seguir a Jesús implica mucho más que recibir los ojos abiertos. Implica permitir que cada área de la vida se someta a su señorío, incluyendo las palabras que hablamos después de que ha ocurrido el milagro. Cristo desea discípulos cuya boca haya sido transformada tan completamente como su corazón. Una vida sanada debería producir con el tiempo un habla sanada. Cuando Jesús verdaderamente transforma el corazón, la evidencia se escucha no solo en nuestro testimonio, sino en nuestras conversaciones diarias. El mayor milagro no es simplemente que hemos aprendido a hablar acerca de Jesús; es que, por medio de la obra de su Espíritu, hemos aprendido a hablar como Jesús.

REFLEXIONA Y ESCRIBE

Si alguien hubiera grabado todo lo que dijiste esta última semana, ¿qué revelaría acerca de lo que realmente hay en tu corazón? ¿Cuál es una manera específica en que sientes que Dios te está llamando a cuidar tus palabras?

08

SECCIÓN

Los Labios Purificados de Isaías: Por Qué Dios Purifica la Boca Antes de la Misión

“En el año que murió el rey Uzías vi yo también al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, y sus faldas llenaban el templo... Entonces dije: ¡Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios... Y voló hacia mí uno de los serafines, teniendo en su mano un carbón encendido... Y con él tocó mi boca, y dijo: He aquí que esto tocó tus labios, y es quitada tu culpa, y limpio tu pecado... También oí la voz del Señor, que decía: ¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros? Entonces respondí yo: Heme aquí, envíame a mí.”

ISAÍAS 6:1-8 (RVR1960)

Hay momentos en las Escrituras en que dos pasajes aparentemente sin relación de pronto se iluminan mutuamente con una claridad admirable. La sanidad de los dos ciegos en Mateo 9 y la visión de Isaías en el templo están separadas por cientos de años, y sin embargo ambos revelan el mismo principio espiritual. En Mateo, Jesús sana los ojos de dos ciegos y de inmediato aborda su obediencia a través de su boca. En Isaías, Dios revela su gloria al profeta, y la primera área que Isaías reconoce que necesita transformación no son sus manos, ni sus pies, ni siquiera su mente: son sus labios. Estos dos relatos nos enseñan que, aunque Dios se deleita en realizar milagros, le preocupa igualmente santificar la manera en que su pueblo habla. Antes de confiarnos una mayor responsabilidad, muchas veces transforma la boca.

La visión de Isaías comienza con una de las escenas más majestuosas registradas en toda la Escritura. Ve al Señor sentado sobre su trono, alto y sublime, mientras las faldas de su manto llenan el templo de gloria. Serafines rodean el trono clamando sin cesar: “Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria”. Los cimientos mismos del templo se estremecen bajo el peso de la santidad de Dios, y la casa se llena de humo mientras el cielo mismo da testimonio de la majestad de su Rey. Isaías queda abrumado por una revelación como ninguna que haya experimentado antes. Y sin embargo, lo más notable no es solamente lo que ve acerca de Dios, sino lo que de repente ve acerca de sí mismo.

Los encuentros verdaderos con la santidad de Dios siempre producen una conciencia clara de uno mismo. Cuanto más se acerca una persona a la luz de la presencia de Dios, más claramente reconoce áreas que antes permanecían inadvertidas. Isaías no comienza a compararse con otros profetas, reyes o sacerdotes. Ya no se mide a sí mismo contra la humanidad, porque ahora está de pie frente a la santidad perfecta. En ese momento clama:

“Entonces dije: ¡Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios...”

ISAÍAS 6:5 (RVR1960)

Su confesión es asombrosa. Isaías no menciona primero una conducta inmoral, un orgullo oculto, una ambición egoísta ni una rebeldía externa. En cambio, de inmediato identifica su boca como el lugar que necesita la purificación divina. Esto es especialmente significativo si recordamos el ministerio de Isaías antes de esta visión. A lo largo de los primeros capítulos de su libro, había proclamado fielmente los juicios de Dios contra Judá y Jerusalén. Ya era profeta. Ya predicaba la Palabra de Dios. Y sin embargo, estar de pie ante la presencia sin velo del Señor lo llevó a reconocer que incluso su manera de hablar necesitaba una mayor santificación.

Esto nos enseña un principio importante acerca del crecimiento espiritual. Hay niveles de transformación que solo se hacen visibles a medida que nos acercamos más a Dios. Cuanto más profundamente lo conocemos, más sensibles nos volvemos a las áreas de nuestra propia vida que necesitan su obra de refinamiento. La madurez espiritual no produce autosuficiencia; produce humildad santa. Los mayores santos a lo largo de la historia rara vez han sido los más impresionados consigo mismos. Más bien, se volvieron cada vez más conscientes de su dependencia continua de la gracia de Dios.

Lo que sucede a continuación es profundamente significativo.

“Y voló hacia mí uno de los serafines, teniendo en su mano un carbón encendido... Y con él tocó mi boca, y dijo: He aquí que esto tocó tus labios, y es quitada tu culpa, y limpio tu pecado.”

ISAÍAS 6:6-7 (RVR1960)

Note que el carbón del altar toca precisamente el lugar que Isaías había confesado. Dios no ignora el asunto de sus labios. Tampoco simplemente le asegura a Isaías que todo está bien. En cambio, el cielo responde directamente al área que necesitaba transformación. El fuego del altar purifica la boca, porque la boca pronto se convertiría en el instrumento a través del cual el mensaje de Dios llegaría a toda una nación.

La secuencia es tan hermosa como intencional. Primero viene la revelación. Luego viene la convicción. Después viene la purificación. Finalmente viene la comisión. Dios no envía a Isaías antes de purificarlo. Prepara al mensajero antes de confiarle el mensaje.

Inmediatamente después, el Señor pregunta:

“También oí la voz del Señor, que decía: ¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros?”

ISAÍAS 6:8 (RVR1960)

Solo después de que los labios de Isaías fueron purificados, él responde:

“Heme aquí, envíame a mí.”

Este orden no debe pasarse por alto. Antes de que Dios amplíe el ministerio de una persona, muchas veces profundiza su santidad. Antes de expandir su influencia, refina su carácter. Antes de confiarle una mayor responsabilidad, santifica el vaso a través del cual esa responsabilidad se llevará a cabo. Dios siempre se ha preocupado mucho más por la condición del mensajero que simplemente por la eficacia del mensaje.

Esta verdad arroja una luz notable sobre el relato de los dos ciegos. Jesús sanó sus ojos, pero casi de inmediato abordó su boca. Su vista había sido restaurada, pero ahora su manera de hablar revelaría si estaban preparados para

vivir bajo su señorío. En ambos pasajes, la boca se convierte en la evidencia de la madurez espiritual. La boca de Isaías necesitaba purificación antes del ministerio. La boca de los ciegos requería sumisión después del milagro. La conexión es innegable. Dios desea un habla transformada porque el habla revela corazones transformados.

Santiago desarrolla este mismo principio en el Nuevo Testamento con una claridad impactante.

“Así también la lengua es un miembro pequeño, y se jacta de grandes cosas. He aquí, ¡cuán grande bosque enciende un pequeño fuego! Y la lengua es un fuego...”

SANTIAGO 3:5-6 (RVR1960)

La imagen es notablemente similar. En Isaías, el fuego del cielo santifica la lengua. En Santiago, una lengua descontrolada esparce un fuego destructivo. El contraste no podría ser mayor. Un fuego purifica; el otro consume. Uno produce santidad; el otro esparce destrucción. Todo creyente debe decidir cuál fuego gobernará su manera de hablar.

Quizás una de las mayores evidencias de un avivamiento genuino no es simplemente una adoración más fuerte o reuniones más numerosas, sino conversaciones transformadas. Es completamente posible experimentar momentos poderosos en la presencia de Dios mientras se sigue hablando palabras que hieren, desaniman, dividen, critican o derriban a otros. Sin embargo, cuando el Espíritu Santo realmente gobierna el corazón, inevitablemente comienza a gobernar la lengua. El lenguaje del cielo va reemplazando gradualmente el lenguaje de la carne. La gracia comienza a reemplazar la amargura. El ánimo reemplaza la crítica. La verdad reemplaza el engaño. La paz reemplaza la contienda. El amor reemplaza la hostilidad. El milagro se vuelve audible mucho antes de volverse visible.

Este principio conlleva implicaciones profundas para todo creyente. Muchas veces le pedimos a Dios que aumente nuestra influencia, expanda nuestro ministerio o nos confíe mayores oportunidades para servir a su reino. Esas son oraciones valiosas. Sin embargo, quizás primero deberíamos hacer la oración que Isaías hizo sin palabras: “Señor, toca mis labios”. Antes de pedirle a Dios que agrande nuestra plataforma, deberíamos pedirle que santifique nuestra manera de hablar. Antes de buscar una mayor responsabilidad, deberíamos buscar una mayor santidad. Antes de desear un ministerio más grande, deberíamos desear un corazón más puro, del cual fluyan naturalmente palabras fieles.

El carbón del altar de Dios sigue realizando su obra hoy. A través del ministerio del Espíritu Santo, Dios continúa purificando a su pueblo para que sus palabras reflejen su carácter. Cada conversación entregada, cada respuesta llena de gracia, cada testimonio veraz, cada frase de aliento y cada oración ofrecida con fe se convierten en evidencia de que el fuego de Dios ha tocado los labios de su pueblo. Así como Isaías descubrió hace siglos, Dios prepara la boca antes de expandir la misión. Y así como los dos ciegos aprendieron después de recibir su vista, el mayor milagro no es simplemente tener los ojos abiertos: es permitir que cada palabra que sale de nuestra boca sea puesta bajo el amoroso señorío de Jesucristo.

REFLEXIONA Y ESCRIBE

Como Isaías ante el trono, ¿qué crees que sería lo primero que Dios querría purificar en ti si te presentaras hoy plenamente en su presencia?

09

SECCIÓN

Llevando a Jesús a Casa: Cuando el Milagro Sale de la Iglesia

“Y llegado a la casa, vinieron a él los ciegos...”

MATEO 9:28 (RVR1960)

La historia de los dos ciegos concluye con una verdad que va mucho más allá de su sanidad. Jesús eligió deliberadamente la casa como el lugar donde ocurriría el milagro, y esa decisión sigue retando a cada generación de creyentes. Nos recuerda que el propósito final de Dios no es simplemente producir momentos extraordinarios dentro de un lugar de adoración, sino transformar los lugares ordinarios donde realmente se vive la vida. La vida cristiana nunca fue diseñada para existir solamente dentro de las paredes de un edificio de iglesia. Siempre tuvo el propósito de fluir hacia nuestros hogares, nuestras familias, nuestros trabajos, nuestras amistades y cada conversación que llena nuestros días. Si nuestra fe permanece fuerte solo mientras estamos rodeados de otros creyentes, pero desaparece cuando volvemos a casa, entonces hemos experimentado inspiración sin transformación. Jesús no solo quería encontrarse con estos hombres en el camino. Quería entrar en la casa, porque ahí es donde se vive el discipulado duradero.

Uno de los mayores peligros que enfrenta la iglesia actual es la tentación de separar el cristianismo público del cristianismo privado. Naturalmente ponemos mucha atención en lo que otros pueden ver. Adoramos apasionadamente durante los cultos, nos saludamos con amabilidad y hablamos abiertamente de la bondad de Dios. Sin embargo, la verdadera medida de la madurez espiritual nunca ha estado determinada por lo que sucede en unas cuantas horas el domingo. Más bien, se revela durante las innumerables horas que nadie ve y que le siguen. Se revela en la manera en que un esposo le habla a su esposa después de un día difícil. Se revela en la paciencia que un padre muestra hacia su hijo. Se revela en el perdón que se extiende después de una discusión, en la integridad que se mantiene cuando nadie está mirando y en las oraciones que se ofrecen cuando la casa ha quedado en silencio. La casa expone si nuestra relación con Cristo se ha convertido en un estilo de vida o es simplemente un evento semanal.

Esta verdad explica por qué la famosa declaración de Josué sigue resonando a través de las generaciones.

“...pero yo y mi casa serviremos a Jehová.”

JOSUÉ 24:15 (RVR1960)

Josué no solo anunció su compromiso personal con Dios. Reconoció que la fe genuina debe dar forma al ambiente de todo un hogar. Sus palabras revelan que la adoración nunca tuvo la intención de quedar limitada a las asambleas públicas. Toda familia debe decidir tarde o temprano qué tipo de ambiente espiritual existirá dentro de sus propias

paredes. Los hogares inevitablemente se convierten en lugares donde se forman los valores, se refuerzan las creencias y las futuras generaciones aprenden lo que realmente importa. Los hijos pueden escuchar sermones en la iglesia una vez por semana, pero son testigos del testimonio diario de sus padres todos los días. Los sermones más fuertes que jamás escucharán muchas veces se predicán sin palabras, a través de la constancia de una vida vivida delante de ellos.

La iglesia primitiva entendió claramente este principio. Antes de que el cristianismo tuviera catedrales, auditorios o campus de iglesia, los creyentes se reunían de casa en casa.

“Y perseverando unánimes cada día en el templo, y partiendo el pan en las casas...”

HECHOS 2:46 (RVR1960)

Note el hermoso equilibrio. Adoraban juntos públicamente en el templo, pero también cultivaban la comunión, el discipulado, la oración y el crecimiento espiritual dentro de sus hogares. El templo fortalecía a los creyentes de manera colectiva, mientras que la casa sostenía su fe de manera personal. Estos dos ambientes nunca tuvieron la intención de competir entre sí. Más bien, se complementaban. La adoración pública alimentaba la devoción privada, y la devoción privada fortalecía la adoración pública. Sin uno o sin el otro, tarde o temprano se volvería algo malsano.

El apóstol Pablo más tarde reforzó este mismo patrón al instruir a los padres.

“...criarlos en disciplina y amonestación del Señor.”

EFESIOS 6:4 (RVR1960)

Note que Pablo coloca la responsabilidad de la formación espiritual dentro del hogar. Los padres no pueden delegar por completo el discipulado a los pastores, maestros o programas de la iglesia. Esos ministerios cumplen un papel esencial, pero Dios diseñó el hogar para que fuera el lugar principal donde la fe se modela, se conversa, se practica y se transmite de una generación a otra. La iglesia equipa a las familias, pero las familias se convierten en el salón de clases diario donde se vive el discipulado.

Esta perspectiva también transforma la manera en que entendemos los milagros. Con demasiada frecuencia definimos los milagros solo como eventos sobrenaturales dramáticos: sanidad física, provisión económica o intervención extraordinaria. Las Escrituras ciertamente celebran esos milagros, pero muchos de los milagros más grandes de Dios se desarrollan silenciosamente con el tiempo dentro de hogares comunes. Un matrimonio roto que se restaura gradualmente a través del perdón es un milagro. Unos padres que guían constantemente a sus hijos en oración es un milagro. Un hogar que antes estaba lleno de ira y ahora se marca por la paz es un milagro. Los patrones generacionales de amargura que terminan porque una familia decide obedecer a Cristo son un milagro. Estas transformaciones rara vez reciben aplausos públicos, pero el cielo se goza porque revelan la obra continua del Espíritu de Dios en la vida cotidiana.

Los dos ciegos nos enseñan que Cristo desea más que encuentros ocasionales con su pueblo. Desea comunión continua. Su milagro sucedió dentro de una casa porque Jesús quería que entendieran que su presencia pertenece a todo lugar donde vive su pueblo. Él no desea seguir siendo únicamente el Dios del santuario. Anhela convertirse en el Señor de la mesa familiar, de la sala, de la habitación, de la conversación familiar, del trabajo y de cada lugar

oculto donde se forma el carácter. Un avivamiento que permanece dentro del edificio de la iglesia está incompleto. El verdadero avivamiento sigue a los creyentes hasta su casa.

Esta verdad se vuelve especialmente significativa cuando recordamos las palabras de Jesús registradas en el Evangelio de Juan.

“Respondió Jesús y le dijo: El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él.”

JUAN 14:23 (RVR1960)

La promesa es admirable. Cristo no solo promete visitas ocasionales. Promete hacer su morada con quienes lo aman y lo obedecen. El lenguaje mismo hace eco del tema central de este estudio. Dios siempre ha deseado una casa —no solo una estructura física, sino corazones y hogares donde su presencia sea bienvenida cada día—. Desde el Edén hasta el Tabernáculo, del Templo al aposento alto, y ahora a través del Espíritu Santo que mora en nosotros, el deseo de Dios siempre ha sido morar entre su pueblo.

Como creyentes, debemos preguntarnos continuamente algo importante: ¿sabría alguien que solo observara mi vida en casa que yo sigo a Jesús? Es posible parecer profundamente espiritual en público mientras permanecemos espiritualmente inconsistentes en privado. Sin embargo, el discipulado genuino elimina esa distinción. La misma gracia experimentada en el altar comienza a dar forma a las conversaciones alrededor de la mesa. La misma adoración ofrecida en la iglesia se convierte en gratitud expresada a lo largo de la semana. El mismo perdón recibido de Cristo se convierte en perdón extendido hacia otros. La misma misericordia celebrada en público se convierte en misericordia practicada en privado.

En última instancia, el milagro de Mateo 9 nos señala hacia una realidad mayor que la vista restaurada. Jesús estaba enseñando que la fe nunca tuvo la intención de detenerse en el momento de la sanidad. Estaba destinada a continuar en cada habitación de la casa y en cada momento ordinario de la vida. El camino presentó a los ciegos a Cristo. La casa reveló la profundidad de su discipulado. Y cuando finalmente salieron de esa casa, debían llevar su señorío a todo lo que siguiera después.

Esta sigue siendo la invitación de Cristo para todo creyente hoy. Él sigue encontrándose con nosotros en momentos de desesperación, escucha nuestro clamor por misericordia y demuestra su poder milagroso. Pero también nos llama amorosamente más allá del momento del avance. Nos invita a abrir cada habitación de nuestra vida a su autoridad, permitiendo que su presencia dé forma a nuestros matrimonios, nuestras familias, nuestra manera de hablar, nuestras decisiones y nuestro andar diario. El mayor testimonio de una vida transformada no es simplemente que encontramos a Jesús en la iglesia, sino que lo recibimos en nuestra casa, y él nunca se fue.

REFLEXIONA Y ESCRIBE

Si Jesús entrara hoy por la puerta de tu casa como entró en aquella casa en Mateo 9, ¿qué parte de tu vida diaria en el hogar querrías que él viera, y qué parte quizás querrías esconder?

◆ CONCLUSIÓN — DEL CAMINO A LA CASA: EL VIAJE QUE NUNCA TERMINA

El relato de los dos ciegos en Mateo 9 comienza con un clamor de misericordia, pero termina con un llamado al discipulado. Entre esos dos momentos se encuentra uno de los cuadros más ricos de la vida cristiana que se hallan en los Evangelios. Lo que al principio parece un simple milagro de sanidad se despliega en una lección profunda sobre la fe, la perseverancia, la intimidad, la obediencia y la transformación espiritual. Jesús no solo restauró dos pares de ojos ciegos. Reveló el patrón por el cual todo creyente crece hacia la madurez.

La historia comienza en el camino, un lugar de búsqueda pública. Los ciegos clamaron en voz alta para que todos escucharan, reconociendo a Jesús como el Hijo de David, el Mesías prometido. Su confesión demostró una revelación admirable, especialmente si consideramos que muchos que tenían vista física perfecta todavía no lograban reconocer quién era Jesús en realidad. Irónicamente, estos ciegos podían ver espiritualmente antes de ver físicamente. Su fe no estaba edificada sobre evidencia visible, sino sobre la confianza en la identidad de Cristo. Antes de experimentar su poder, creyeron en su persona. Antes de recibir su milagro, se sometieron a su autoridad lo suficiente como para seguirlo.

Sin embargo, Jesús hizo algo inesperado. No se detuvo donde ellos lo llamaron por primera vez. Siguió caminando hasta entrar en la casa. Al principio esto parece confuso, pero a lo largo de este estudio hemos descubierto que su demora nunca fue rechazo. Fue invitación. Cristo los estaba llevando más allá del entusiasmo público, hacia la intimidad privada. El camino reveló su desesperación, pero la casa revelaría su fe. La multitud podía ser testigo de sus clamores, pero solo la casa podía ser testigo de su relación. Jesús trasladó intencionalmente el milagro porque quería que entendieran que la transformación duradera nunca comienza únicamente en el reconocimiento público; comienza cuando la fe entra en los lugares privados de la vida, donde se forma el carácter y se vive el discipulado.

Su travesía entre el camino y la casa también nos enseña una de las mayores lecciones sobre la fe que se encuentran en toda la Escritura. Siguieron antes de ver. Confiaron antes de entender. Siguieron caminando mientras el cielo permanecía en silencio. Cada paso que dieron proclamaba que la aparente demora de Dios no disminuiría su confianza en su capacidad. Esta es la esencia de la fe bíblica. La fe no es simplemente creer que Dios puede hacer milagros. La fe es continuar siguiéndolo cuando el milagro todavía no ha aparecido. Es elegir la obediencia mientras las respuestas permanecen invisibles. Es confiar en el carácter de Dios aun cuando sus tiempos sigan siendo un misterio.

Cuando finalmente entraron en la casa, Jesús hizo una pregunta que todavía resuena a través de cada generación: “¿Creéis que puedo hacer esto?”. La pregunta nunca tuvo la intención de informar a Jesús; tenía la intención de profundizar la fe de quienes pedían el milagro. Dios muchas veces hace preguntas porque desea que nuestro corazón exprese en voz alta lo que realmente cree. Su respuesta fue sencilla: “Sí, Señor”. Con esa confesión, Jesús tocó sus ojos y declaró: “Conforme a vuestra fe os sea hecho”. Su sanidad no fue una recompensa por una fe perfecta, sino la respuesta llena de gracia de un Salvador compasivo hacia corazones que habían aprendido a confiar en él.

La mayoría de las personas naturalmente supondría que la historia alcanzó su clímax en ese momento, pero las Escrituras de inmediato revelan algo aún más profundo. El milagro fue seguido de una orden. Jesús les instruyó que no divulgaran la noticia por la región. De repente, el problema ya no era la ceguera, sino la obediencia. El reto había cambiado de recibir el poder de Dios a someterse al señorío de Dios. Esta progresión revela una verdad que todo discípulo debe aprender: los milagros no reemplazan el discipulado. La gracia nunca elimina el llamado a la obediencia. Toda bendición que Dios da se convierte en una invitación a entregarse más completamente a su voluntad.

Esta realidad nos llevó a uno de los temas más profundos de todo el estudio: la santificación de la boca. La primera área en la que estos hombres sanados lucharon no fue con su vista, sino con su manera de hablar. Esto de inmediato nos conectó con la visión de Isaías, donde el profeta se paró ante la santidad de Dios y confesó: “soy hombre inmundo de labios”. Antes de que Isaías pudiera llevar el mensaje de Dios a la nación, el cielo purificó su boca con fuego del altar. El patrón es innegable. Dios prepara al mensajero antes de ampliar la misión. Santifica el vaso antes de aumentar la influencia. A lo largo de las Escrituras, las palabras importan porque revelan la condición del corazón. La boca muchas veces se convierte en la última frontera de la madurez espiritual.

Santiago nos recuerda que ningún miembro del cuerpo tiene mayor potencial para edificar o destruir que la lengua. Proverbios enseña que la muerte y la vida están en su poder. El mismo Jesús declaró que de la abundancia del corazón habla la boca. Estas verdades nos recuerdan que uno de los mayores milagros que Dios desea realizar no es simplemente abrir ojos ciegos, sino transformar un hablar descuidado en palabras que comuniquen gracia, verdad, paz, aliento y vida. El avivamiento nunca está completo hasta que nuestras conversaciones comiencen a reflejar el carácter de Cristo.

Finalmente, descubrimos que Jesús realizó intencionalmente este milagro en una casa, porque su deseo final siempre ha sido morar con su pueblo donde realmente se vive la vida. Las iglesias se reúnen para adorar, pero los hogares revelan el discipulado. La verdadera medida de la madurez espiritual no es simplemente lo que sucede durante los servicios públicos, sino lo que sucede después de que el servicio termina. Se revela en matrimonios marcados por el perdón, en padres que enseñan fielmente a sus hijos la Palabra de Dios, en conversaciones llenas de gracia y en decisiones diarias gobernadas por el señorío de Cristo. El milagro nunca tuvo la intención de quedarse dentro de la casa donde Jesús los sanó. Tenía la intención de transformar todo lo que sucediera después de que volvieran a cruzar sus puertas.

Quizás la mayor lección de todas es esta: la vida cristiana no es solamente un viaje de la ceguera a la vista. Es un viaje de la admiración al discipulado, de la adoración pública a la entrega privada, de los clamores desesperados a la obediencia constante, de recibir las bendiciones de Cristo a vivir bajo el señorío de Cristo. El camino nos presenta a Jesús, pero la casa nos enseña a vivir con él.

Todo creyente eventualmente se encuentra parado donde una vez estuvieron estos dos ciegos. Todos comenzamos con necesidades que solo Cristo puede satisfacer. Todos experimentamos temporadas en que el cielo parece

guardar silencio. Todos atravesamos momentos en que la fe debe continuar sin evidencia visible. Todos nos gozamos cuando su gracia irrumpe en nuestra vida con sanidad, restauración, perdón y esperanza. Y sin embargo, después de cada milagro llega la misma invitación que Jesús les extendió a estos hombres: ¿continuarás siguiéndome?

Esa pregunta sigue siendo la pregunta que define el discipulado.

-
- ¿Lo seguiremos cuando el milagro se demore?***
 - ¿Confiaremos en él cuando no podamos ver?***
 - ¿Le obedeceremos después de que nos haya bendecido?***
 - ¿Le entregaremos no solo nuestros pies, sino también nuestra boca?***
 - ¿Lo recibiremos no solo en nuestra iglesia, sino también en nuestro hogar?***
-

El milagro de Mateo 9 finalmente nos señala más allá de la sanidad de dos ciegos, hacia la invitación que Cristo extiende a cada generación. Él sigue caminando delante de su pueblo. Sigue escuchando cada clamor de misericordia. Sigue invitándonos a una intimidad más profunda. Sigue abriendo ojos ciegos. Sigue transformando corazones. Y sigue llamando a todo discípulo a dejar atrás el camino, entrar en la casa y seguirlo por el resto de su vida.

Para quienes aceptan esa invitación, el mayor milagro nunca es simplemente que al fin pueden ver.

El mayor milagro es que nunca dejaron de seguirlo.

PREGUNTAS DE REFLEXIÓN

1. Fe pública vs. fe privada. Los ciegos primero clamaron a Jesús públicamente en el camino, pero su milagro ocurrió de manera privada en la casa. En tu propia vida, ¿es tu relación con Cristo más fuerte en lugares públicos que en privado? ¿Qué cambios prácticos ayudarían a que tu andar privado con Dios se vuelva tan fuerte como tu adoración pública?

.....

.....

2. Seguir antes de ver. Los dos ciegos siguieron a Jesús mientras todavía estaban ciegos. Continuaron caminando sin saber exactamente cuándo ni cómo él respondería. ¿Hay un área de tu vida en la que Dios te esté pidiendo que sigas caminando aunque todavía no hayas visto la respuesta? ¿Cómo se vería la obediencia fiel durante esta temporada?

.....

.....

3. Confiar durante el silencio divino. Hay temporadas en que Dios parece guardar silencio, y sin embargo las Escrituras nos enseñan que su silencio nunca es su ausencia. ¿Cómo respondes normalmente cuando Dios demora la respuesta a tus oraciones? ¿La demora fortalece tu fe, la debilita, o revela áreas donde Dios todavía quiere hacer crecer tu confianza?

4. Jesús en tu casa. Jesús esperó intencionalmente hasta entrar en la casa antes de realizar el milagro. Si Jesús examinara hoy el ambiente de tu hogar, ¿qué encontraría? ¿Qué áreas de tu vida en el hogar —tus conversaciones, prioridades, relaciones o hábitos— lo invitarías a transformar?

5. El propósito de los milagros. El milagro no fue el final de la historia; se convirtió en el comienzo de un llamado más profundo a la obediencia. ¿Alguna vez has visto las bendiciones de Dios como un final en lugar de un comienzo? ¿De qué maneras te está llamando Dios a un discipulado mayor después de las bendiciones que ya te ha dado?

6. Tus palabras revelan tu corazón. Jesús abordó de inmediato la obediencia de los ciegos, y a lo largo de las Escrituras aprendemos que nuestra boca muchas veces revela la condición de nuestro corazón. Si alguien escuchara cada palabra que dijiste durante una semana, ¿qué aprendería acerca de tu corazón? ¿Escucharía fe, gratitud, esperanza y gracia, o temor, crítica, ansiedad y negatividad?

7. La oración de Isaías. Cuando Isaías se encontró con la santidad de Dios, no notó primero los pecados de otras personas; reconoció su propia necesidad de purificación. Si te presentaras ante la santidad de Dios como lo hizo Isaías, ¿qué área de tu vida crees que el Espíritu Santo señalaría primero? ¿Por qué crees que esa área es tan significativa?

8. Caminar bajo el señorío de Cristo. Es posible celebrar a Jesús como Salvador mientras se resiste a él como Señor. ¿Hay un área de tu vida que has invitado a Jesús a bendecir, pero que todavía no le has permitido gobernar por completo? ¿Cómo se vería una entrega total en esa área?

9. ¿Qué está produciendo Dios? El trayecto entre la oración y el milagro muchas veces se convierte en el lugar donde Dios forma nuestro carácter. Al mirar atrás en una temporada difícil de tu vida, ¿qué cualidades desarrolló Dios en ti que probablemente no se habrían formado de ninguna otra manera? ¿Cómo cambió esa temporada tu relación con él?

10. Del camino a la casa. El mensaje central de este estudio es que Jesús desea más que una confesión pública; desea una relación de toda la vida que transforme cada área de nuestra existencia. Después de completar este estudio bíblico, ¿cuál es el cambio específico que crees que el Espíritu Santo te está pidiendo hacer? ¿Cómo comenzarás a vivir intencionalmente ese compromiso esta semana?